

**NANCY**  
*y el Bato loco*



**Ramón J. Sender**

Nancy ya es doctora y se ha casado con Laury, un rico y atlético estudiante, que ha ido adquiriendo protagonismo en la serie. Figura emergente en la galería de personajes senderianos, carácter escéptico, risueño hasta el cinismo, con un sentido de la trascendencia y la religiosidad muy similar al del autor, aparece ahora con rango de co-protagonista. Él es el Bato Loco.

Nancy se casa con Laury por el rito unitario de la iglesia de Michaelis Servetius (Miguel Servet), autor de la obra *De Trinitatis erroribus* (guiño aragonesista). Ella no le pide a él una boda civil ordinaria, que le daría derechos sobre la fortuna del joven, ni él le exige pureza inmaculada a ella (Nancy le confiesa que tuvo un amante en Sevilla). Deciden ir a la capital andaluza en viaje de novios, pasando antes por París y Mallorca. Nancy tiene ciertas prevenciones ante la idea de volver, pero Laury, viajero empedernido, estudioso de la antropología, no conoce la región y deciden venir.

En América se quedan el profesor Blacksen, con su melancolía de emigrado y sus recuerdos de la esplendorosa juventud de la estudiante, y el profesor Sender, con el que se carteará la ya doctora, contándole sus andanzas ibéricas. Sender se presenta de nuevo como simple editor-corrector de la novela.

Esta entrega recupera el humor, estilo epistolar y personajes de la primera: Curro, Quin y el duque. Además de divertida, la obra caracteriza con detalle a un nuevo actuante, Laury, práctico y experimentado. Al Laury viajero, conocedor del Japón, Asia y África, obsesionado con la Atlántida, le faltaba aún descubrir la mágica Sevilla, con sus gitanos, sus misterios y sus duendes. Laury escribe en un diario unas notas epigramáticas que podrían atribuirse al mismo Sender, similares a las que aparecen en las obras.

## Pastel de nupcias

---

Desde el día que recibió Nancy su grado de doctora, no volvieron a verla por el bar 1-2-3. Nadie ponía en la gramola el vals de Marlene Dietrich. El profesor finlandés, en lugar de sus tres vasos de whisky, bebía cuatro o cinco. Ya se sabe lo del refrán: Dos vasos son bastante. Tres vasos no son bastante. Y el profesor bebía a veces seis.

Tampoco venía Laury, lo que me confirmó en mis sospechas, y al decírselo a Blacksen comprendí que esas sospechas le producían algún malestar.

—Nosotros no podemos rivalizar con un hombre de treinta años —le dije.

—Y millonario. Sobre todo, millonario.

Me extrañó ese rasgo de inocencia en Blacksen, quien prefería pensar que Nancy amaba el dinero de Laury más que a Laury mismo.

Bueno, el que no se consuela es porque no quiere.

Yo recordaba que el día de su graduación Nancy vino al bar después de elegir en el campus una toga y un birrete a su medida, y con ella vino también Laury. Blacksen los miraba con melancolía (comenzaba a sospechar) y yo miraba a Blacksen con humor.

Con un humor disimulado, claro.

Así y todo, Laury fue a poner el vals. Yo, queriendo ayudar a Blacksen, traté de poner a Nancy en evidencia y le dije algunas vaguedades para propiciar —como diría ella— duendes adictos al viejo profesor:

—Esto de los doctorados, las togas y los birretes me parece una comedia un poco boba.

Esperaba que Laury defendería a Nancy, pero el chico estaba de mi parte:

—Todos los mitos prestigiadores son pura estupidez — confirmó él.

Blacksen, que tenía una mentalidad un poco más a la antigua, trató de protestar:

—Usted es doctor —me dijo a mí—. Usted se está acusando a sí mismo.

—No, yo no soy doctor. Nunca terminé la carrera de Filosofía y Letras en mi país —dije con cómica arrogancia.

Se quedó Blacksen asombrado.

—Entonces... ¿cómo permite que lo llamen doctor? Eso no es honesto.

Ah, Blacksen desviaba hacia mí sus rencores contra Laury. Yo le dije que tenía dos o tres doctorados *honoris causa*. Entonces podían llamarme doctor sin agraviar a la verdad. Y ningún duende entablador debió intervenir, porque Laury me dijo con cierta clase de entusiasmo abrupto:

—¡Esos son los únicos doctorados aceptables!

—¿Y a quiénes se les darían? —preguntó Nancy un poco desorientada.

—A cualquiera que pudiera convencernos de que merecía nuestra atención intelectual, bien fuera conductor de autobús, vagabundo, artista, filósofo natural, santo... Sobre todo, santo.

Yo pregunté, asombrado:

—¿Usted tiene ideas religiosas, también?

—No necesariamente, pero respeto la filosofía moral de esa iglesia que llaman unitaria.

—¿...?

—Es una iglesia que dice: ¿Crees en Dios? Entonces Dios existe. ¿No crees en Dios? Entonces Dios no existe. Esa actitud me parece inteligente.

Yo quería llevarle la contraria aunque fuera de soslayo:

—Esa manera de pensar es mucho más antigua que la iglesia unitaria. Confucio pensaba así en China seiscientos

años antes de Cristo.

Esto pareció interesarle a Laury, quien un poco sorprendido dijo:

—Yo creí que esa iglesia unitaria venía de Michaelis Servetus.

Ah, mis duendes trabajaban. Servet era un aragonés pariente de mis antepasados que discrepaba de Roma y de Lutero, de Erasmo y de Calvino y que, huyendo de las hogueras de la inquisición española, fue a dar en las de los ominosos calvinistas suizos que lo quemaron vivo. Calvino había leído su libro «De Trinitatis erroribus» publicado clandestinamente en París y, después de discutir ásperamente con Servet, mandó quemar el libro y al autor con gran escándalo de herejes y ortodoxos.

Servet le rogó que emplearan leña seca (lo que habría acelerado la agonía, y acertado, el martirio), pero Calvino no quiso usar sino leña verde. Su agonía y muerte duró algunas horas y los suizos tuvieron el espectáculo gratis y a la medida de su sadismo.

Todas estas memoraciones pasaron por mi mente en un minuto y dije a Laury con cierta arrogancia, no tanto por él mismo, sino porque quería que me oyera Nancy:

—Ese Servetus, cuyo nombre verdadero era Miguel Servet, fue un hombre excepcional e incongruente, que como místico descubrió la circulación de la sangre y como médico la unidad de Dios. Nació cerca de mi aldea aragonesa, en Villanueva de Sigena, y tengo motivos para pensar que era pariente mío.

—Yo he leído a Servetus —dijo Laury, displicentemente— en traducción inglesa y no he hallado novedad alguna.

—¿Pero usted ha estudiado seriamente religión? —preguntó Blacksen con una expresión que pareció de ira.

—¡A ver! Si no, ¿cómo podría burlarme de las religiones?

—De la fe de la gente, cualquiera que sea, —intervine yo otra vez— no debe burlarse nadie. «Christianismi Resti-

tutio» era una prueba de fe, realmente, admirable.

Blacksen quería apoyarme, de modo que Laury quedara en mal lugar, pero el finlandés veía a Nancy pendiente de sus labios y no sabía qué decir.

Realmente era difícil discutir con Laury, que parecía situarse por encima del bien y del mal, de la vida y de la muerte.

Yo creo que estaba un poco loco, Laury.

O lo simulaba, lo que no dejaba de ser meritorio, porque su simulación hacía de él un genio escénico o dramático.

Todavía no sé cómo clasificarlo y por eso me interesaba entonces, porque a través de todas esas cosas se podía entrever lo que hay en nosotros, los hombres, de vaguedad inaprensible, de misterio indescifrable, de consigna secreta de doble o triple fondo. De lo que yo no dudaba era de los amores entre Nancy y Laury. Y si alguna duda me quedaba, bastaba con mirar al profesor finlandés y ver la adusta melancolía de su mirada que no sabía a veces dónde posarse. Era aquella una tarde también mefítica, al menos en la calle donde estaba el bar. Se oía discutir fuera a dos mujeres viejas y negras con ese desgarró de voz incontrolada de los pobres y los borrachos. Y dentro del bar, las luces de neón rojo hacían más densa la oscuridad en lugar de reducirla.

Pensaba yo que Nancy y Laury, cuando salieran de nuestro lado, entrarían en una avenida radiante, de azules, bajo un cielo cuajado de estrellas plateadas a pesar de ser de día. Y me dije: «Eso es lo que le hace falta a Laury, un amor apasionado». Tal vez con él cambiaría radicalmente y la realidad, objetiva o no, es decir con la piedra en el sombrero o sin ella, le parecería digna de atención.

Tuve ocasión de convencerme un poco más tarde.

Porque —esto es lo asombroso— Nancy y Laury se casaron.

Ya sabemos que Nancy no tenía tampoco nada de tonta y exigió a Laury el matrimonio. Pero para desvanecer sos-

pechas y por delicadeza no quiso una boda civil (que le daría derecho a participar en la fortuna del marido), sino una boda religiosa en la iglesia unitaria, en la del pobre Servet quemado por Calvino. Es decir, una ceremonia pública que le diera a Nancy constancia de su victoria femenina, como el doctorado se la daba de su capacidad intelectual.

Un doctorado erótico bajo los resplandores —más bien la humareda— de Michaelis Servetus.

En cambio, Laury, después de pensarlo un poco, le puso también su condición: no tener hijos. Aceptó Nancy con entusiasmo, esperando más tarde hacerle cambiar de opinión.

Pensando en aquella pareja, yo me preguntaba qué clase de duendes mediadores, solícitos o furcos había intervenido en aquello. Porque me parecía increíble.

Antes de la boda sucedieron algunas cosas. Nada realmente importante. Laury me preguntó sobre la iglesia unitaria, aunque parecía estar ya dispuesto a la ceremonia. Yo no sabía nada de esa iglesia, pero me puse a refrescar mis memorias sobre Miguel Servet y lo primero que me trajeron fue la imagen del monasterio de Sigena. Es un monasterio que no tiene nada que ver con el mártir de Suiza, ya que es una residencia de monjas nobles, pero está cerca del lugar donde Servet nació (Villanueva de Sigena, como dije) y lo he visitado más de una vez. Desde luego ese monasterio de Sigena es un lugar inolvidable, como un museo vivo y activo de la baja Edad Media.

Tal vez un lugar único en Europa.

—Lo que pienso yo sobre Servet —dije a Laury— representa una dimensión del mundo interior muy diferente, aunque no opuesta del todo, a la de los gitanos con sus supersticiones orientales. Naturalmente, los gitanos tienen una tendencia a hacer de la realidad subjetiva (que ellos se fabrican) un repertorio de cosas prácticas con las cuales ganan algo engañando al prójimo. En cambio, se podía decir más o menos en serio que Servet hace de la realidad obje-

tiva algo esencial con lo cual quiere servir virtuosamente a Dios.

Escuchaba Laury sonriendo sin entrar en el problema. Pero aunque parezca raro, en algunas cosas coincidíamos Laury, los gitanos y yo, lo que demuestra hasta qué punto nuestro universo moral, lo mismo que el físico, se desarrollan y actúan por identidad de contrarios, es decir *en esfera*. Lo digo por lo que más tarde sucedió en Sevilla y Nancy me contó en una de sus largas cartas.

Pero cada cosa a su tiempo y no quiero dejarme contagiar por esa tendencia de Nancy a lo incongruente, que nos ha dejado a Blacksen y a mí con sentimientos de culpabilidad después de haber aprobado su tesis. (Ya no tiene remedio).

Viendo las cosas como son, es importante una boda en nuestros tiempos.

Lo cierto es que se casaron y fueron en viaje de novios nada menos que a Europa. Primero a París, luego a Mallorca. Finalmente a Sevilla.

El regreso a Sevilla fue un año después de haber salido Nancy de allí con el borrador de su tesis, dejando, según recordarán los que hayan leído los volúmenes anteriores, a Curro, a Quin y al duque envueltos en las malas artes de toda clase de duendes gitanos, especialmente a Curro y a Quin.

El duque tenía una piscina en el parque y pasaba en ella la mayor parte del día. No dije nada en el volumen primero porque era un detalle que no tenía importancia, pero después de leer la tesis de Nancy supongo que el duque la tenía para inmunizarse ocasionalmente contra el mal de ojo.

Esta tercera parte de «La tesis de Nancy» la he titulado *Bato Loco* porque se refiere más a Laury que a ella y Nancy había oído esa expresión a *hippies* y a *chicanos* (mejicanos nacidos en USA). No dejaba de extrañarle que tanto los unos como los otros coincidieran en algunas expresiones con los gitanos y también en algunas costumbres, como el



vagabundaje, la oposición a toda norma, la tendencia anarcoide. *Bato* se dice entre los gitanos para designar al poderoso. Y *Loco* le iba muy bien a Laury porque, como sabemos se reía a carcajadas con el menor pretexto y era una risa incontrolada y orgiástica.

Entre alguna clase de locos hay también esas explosiones de euforia. En el caso de Laury supongo que lo hace para llevarle la contraria a su padre, quien, como buen presbiteriano, no se ríe nunca.

Yo creo que a Laury le tenía todo sin cuidado, incluida su riqueza, porque nunca hacía alarde de ella. En un momento de sinceridad me dijo un día:

—Yo me caso con Nancy, entre otras cosas, para gozar de mi fortuna, porque para mí solo no tiene sentido.

Y era verdad. Cualquiera que lo viera creería a primera vista que era uno de esos estudiantes que esperan el cheque siempre tardío de su padre para pagar el alquiler de su modesta vivienda.



## Las primeras cartas de Nancy

---

*Pero* como dije, se casaron. Y ella, según prometió, fue escribiéndome durante el viaje de novios. Le había ayudado mucho en su tesis y ella me consideraba —creo yo— una especie de padre adoptivo. Dijo que escribiría cada día algunas páginas y me las mandaría, todas juntas, cuando tuviera quince o veinte, lo que naturalmente daría a las cartas más interés. Ella cree que a mí me interesan más que a su amiga Betsy, puesto que se trata de mi país natal, pero me pidió que se las mostrara también a ella.

Lo que ignora Nancy es que para un aragonés Andalucía es casi tan exótica como para ella misma, idioma aparte. Las regiones de España están muy diferenciadas por su historia, costumbres, artes, manierismos y, hasta hace poco, incluso por los vestidos de sus habitantes. Ni siquiera es del todo cierto lo que digo del idioma, porque muchos catalanes, vascos y gallegos ignoran todavía el castellano. Lo mismo les pasa a algunos valencianos, a no pocos chuetas mallorquines y a algunos guanches del archipiélago canario.

Decía Nancy con el estilo epistolar ligero y graciosamente expresivo que ya conocemos:

«Tomamos el avión en Los Ángeles para ir a París directamente por el Ártico (es decir, sin pasar por Nueva York). Yo esperaba ver los pingüinos, pero Laury me dijo que estaban en el polo Sur, en el Antártico, y lo sentí. De saberlo, habría preferido hacer el viaje por Nueva York y ver allí a mis abuelos paternos.

»Llegamos a París no sé a qué hora de qué día, porque resulta que volábamos al revés, es decir contra el sol. En

cuanto al Ártico, ni siquiera vimos nieve alguna, porque pasamos sobre Groenlandia nada más, lo que resultó decepcionante.

»Lo que interesa en todo caso es que soy la esposa de Laury y en nuestro viaje de novios voy a mostrarle muchas cosas que él no sospecha porque es la primera vez que va a Europa.

»Ha estado en otras partes, el Japón y África del Sur, pero no en Europa. Yo debo advertir, refiriéndome a mi vida sentimental, que con el trabajo de la tesis y el año transcurrido en mi patria americana, había olvidado del todo mi *affaire* con Curro.

»Sin embargo, se lo conté a Laury como es natural antes de casarnos. Laury se rió conmigo y luego me dijo: "Así se comprende que aprendieras tanto sobre la naturaleza de los gitanos y sobre los duendes".

»Laury habla francés y español. En el francés me lleva ventaja, lo habla mejor que yo. Pero en el español le gano, de modo que todo queda compensado.

»Escribiré más largamente dentro de unos días, cuando haya dormido bastante y me haya adaptado al nuevo meridiano, como dice Laury.

»Love. Nancy».

Firmaba también Laury diciendo que había visto en París el monumento a Servetus y que no pudo menos de reír porque tenía un gesto y un perfil parecidos al de don Juan en la ópera de Mozart.

Ese Laury siempre el mismo.

En su segunda carta —ya larga— comenzaba Nancy contándome el viaje en avión. Según mi costumbre publico las cartas tal como llegan, es decir retocando un poco el estilo para que sus ideas resulten más directas y claras. Como se verá, sigo sin corregir los errores y *quidproquos*, que creo que tienen alguna gracia.

Dice Nancy:

Una vez casados según el ceremonial de la iglesia unitaria, que es como el de las otras iglesias protestantes, seguido por una pequeña fiesta, quedamos ligados por vida. Es verdad que Laury no tomó nada de aquello muy en serio, a pesar de sus respetos por la memoria de Miguel Servet y de la coincidencia, en general, de sus ideas con las del mártir de Ginebra. Los padres de Laury no pudieron asistir por hallarse en Inglaterra y mi madre tampoco porque estaba en *Hawaii*. Una vez en el avión me dijo Laury:

—Ligados por vida según dijo el ministro unitario, Nancy, ¿qué te parece?

—¿Te aprietan mucho las ligaduras?

—No. Los lazos son tan ligeros como... como...

No encontraba la palabra. Por la ventanilla que estaba a mi lado se veía una gran luna azul y se me ocurrió una idea poética:

—Como rayos de luna.

—¡Ahá! Lazos y ligaduras de rayos de luna.

—No son muy apretados, la verdad.

—¿Qué quieres que te diga? Tampoco son fáciles de romper. ¿Cómo romper un lazo de luna? ¿Cerrando la ventana? Quizá, pero yo duermo con la ventana abierta.

—Yo también.

Una vez más Laury soltó a reír. A mí me gusta su risa porque se le ve muy feliz y yo lo atribuyo a su boda conmigo. Aunque antes de casarnos se reía lo mismo. Pero entonces era sólo por llevarle la contraria a su padre. Además, yo creo que trata de reírse de la realidad ajena mientras construye la suya. En todo caso yo también formo mi realidad a mi manera y esta vez es la misma de Laury. Por si acaso la boda fue a bordo de un yate que tenemos en la bahía de Laguna Beach para evitar el mal de ojo, ya que estábamos rodeados de agua. Lo único triste que hubo en la boda fue un testigo de Laury, que es *hippy*, pero es calvo y se le adivinaba terriblemente frustrado.

Como yo sé que es usted un poco escéptico en cuanto a los duendes gitanos y no cree mucho en ellos, yo me permito preguntarle: ¿No es extraño que Laury y yo nos hayamos casado así, de pronto, sabiendo él que yo tuve un *affaire* dramático con un gitano andaluz y sabiendo yo que él no cree en las bodas ni en los matrimonios y ni siquiera en el amor? Y sin embargo, aquí estamos, marido y mujer. De sopetón. Digo, como cuando apareció la laguna que lleva ese nombre cerca de las puertas del infierno homérico, en Huelva.

Unidos por rayos de luna en una ceremonia unitaria, sobre la hoguera de Miguel Servet y con mucho humo debajo. En Sevilla me decía Soleá que para casarse había que *hacerle tilín* antes al novio. Yo no sé en qué consiste, pero cuando la vea se lo preguntaré. Tal vez después de casada también se le puede hacer tilín.

Aparte otras consideraciones que nos llevarían demasiado lejos, yo puedo decirle que intervinieron en el milagro (prodigioso es echarle el lazo a un Bato Loco) un agente solícito (usted) y un entablador, el Dr. Blacksen con sus melancolías de hombre viejo, y pesimista más por nostalgias de emigrado que por otras razones. El solícito es alegre y feliz y se conduce como tal. Usted me prestigiaba a mí como hace el duende que produce la *soleá*, con sus amables consideraciones en las que Laury ponía especial atención porque le estima a usted, y por otra parte el duende entablador que entró en las tinieblas de la nostalgia de Blacksen me dio las diez de últimas dejando como víctima al propio profesor. Allí quedó, el pobre. La razón por la cual el profesor es una víctima yo no se la voy a decir ahora. Tampoco Laury la sabe. Pero siempre el entablador (cuando se materializa en un ser humano) acaba siendo su propia víctima. Ese suele tener una cabeza que se parece a la cabeza del turco, supongo que por alguna razón o algún detalle muy concreto que ignoro. Pero aquí se dice que a veces hace

falta una cabeza de turco para recibir los golpes del destino.

En Sevilla me decían mis amigas que no se casaban hasta que encontraban la horma de su zapato. Yo he buscado en el diccionario y dice: «*Horma*. Molde o cosa en la que se fabrica un objeto. Por ejemplo, horma del zapato». Es verdad que yo tengo varias para guardar mis zapatos y que no se me ha perdido nunca ninguna.

Eso, no lo entiendo. Si tiene importancia para la vida de una mujer casada le ruego que me lo explique. El idioma español sigue teniendo todavía algún coloquial misterio para mí y se presentan a veces pequeños malentendidos esporádicamente, aquí y allá.

Yo sé que Blacksen habló con Laury y le contó lo de mi salto del avión desde seis mil pies de altura. También se lo contó a usted. Para Laury, una mujer que cree en los duendes gitanos y que salta de un avión desde esa altura, tiene algo inexplicable. La falta de lógica en una mujer que tiene algún atractivo físico la hace más deseable —eso yo lo sé bien— y movilizó algunos duendes alrededor mío. Los más eficaces fueron, como le digo, un solícito —usted— y un entablador. Ahí han quedado ustedes un poco sorprendidos por el curso súbito de los eventos. Le suplico por el Mengue Baro que atienda usted al profesor Blacksen y no lo deje demasiado solo, porque está lleno de ideas sombrías. Y yo lo quiero. Ponga usted en la gramola del 1-2-3 el vals «Aniversario», por favor.

En España las novias se ponen veinticinco alfileres en el vestido de fiesta. También yo, para imitarlas, pero luego al abrazarme Laury se pinchaba por todas partes. Yo le expliqué esa costumbre y él reía chupándose una gota de sangre en un dedo.

Durante el viaje en el avión lo pasamos muy bien. Cuando voy en aviones de viajeros no suelo moverme del asiento. Tanta gente alrededor y a alturas tan considerables me da mal vagío. Otra cosa es subir en un avión de turismo con

dos pilotos y lanzarse al aire con dos paracaídas. Pero un viaje a través de Groenlandia y del Atlántico con ciento cincuenta pasajeros me da ideas diferentes. ¡Un tren, un tren de muchos vagones viajando sobre las nubes! ¡Y luego hablan de la magia de los calés! Cada vez que el avión encontraba un bache yo decía para mí: Lagarto, lagarto. Era para conjurar al Furco. Al mismo tiempo me acordaba de Lagartijo III.

En cambio Laury iba y venía por el avión, iba al bar, se sentaba en el órgano (sabe un poco de música) y tocaba «Aniversario» en honor de Blacksen. Luego iba al *rest room*, como si estuviera en su casa. Yo lo veía ir y venir y lamentaba que no fuera español porque a los maridos españoles les gusta tener la sartén por el mango y eso quiere decir que pueden hacer el desayuno (preparar los huevos, etc.), cosa importante porque la verdad a mí no me gusta la cocina. Claro es que tendremos sirvientes, pero así y todo.

Ya digo que Laury iba al *rest room* como si tal cosa. Yo me abstenía en lo posible de beber ningún líquido —ni siquiera té— para evitar ir a aquella parte del avión, tan trasera y tan estrecha. No es que tenga miedo de que el avión se desnivele. Al fin yo no peso más de ciento treinta libras. Pero con la velocidad que llevan estos 747 estoy segura de que los malos mengues que suelen acompañar a la gente que se mete en aventuras arriesgadas estaban todos en la parte de atrás empujados por una serie de circunstancias magnéticas, especialmente por la velocidad relativa (Einstein) del desplazamiento en relación con el planeta giratorio.

Y perdone la pedantería. En cuanto al riesgo de un duende adverso, cuando se intenta una aventura, recuerdo lo que me sucedió en la avioneta, cuando me lancé con dos paracaídas y sólo se abrió uno. La verdad es que en el 747, al arreglarme el pelo con un peinecillo de bolsillo, me habría gustado ir a la parte trasera a arrojar por el *toilet* al-